

miles de hombres disciplinados, intente la fácil conquista de aquellos tristes países, sujetándolos a un régimen de fierro, único digno de los pueblos desprovistos de virilidad, de moralidad e incapaces de gobernarse.»

Después de otro párrafo, dice: "La única república que se conserva un poco: la Argentina, no escapa a la ruina general sino porque es más y más invadida por ingleses."

Un nimbo de inenarrable tristeza se desprende del corazón al enterarse de esa opinión; pero se olvida el señor Delbón cómo estuvo Francia para llegar al puesto que ocupa y adonde va. Demuestra poco conocimiento de la América y si, como dije antes, hay en nuestra historia execrables nombres, es irrefutable que, entre otros tantos, existen un Juan Alvarez, un Zaragoza, un Juárez, un Madero y un Carranza.

¿Quién, al ver aquello, no siente que se alza de su pecho un grito de protesta? ¿Quién no hace votos por demostrar lo contrario? ¿Y quién no siente el punzante venablo herir hondamente el corazón? Pero, a pesar de todo, dentro de ese párrafo, se encierra algo de verosimilitud. Siempre se estuvo en guerra; la nación, desfallecida por el agotamiento de su riqueza, sin que nada entrara al Erario, sin roturar los campos; pero siempre absorbida por los ambiciosos, sumida en la inacción, se moría, y sin tener un ejército que asegurara la paz. ¡Qué desgracia! y cuando la paz se traslucía, cuando las nubes imperativas y siniestras se disiparon, entonces, que se creyó tener un ejército, no resultó más que un núcleo preparado a paradas y fastos.

Acaso no serán suficientemente elocuentes las experiencias sufridas por nosotros mismos, los descalabros, las desolaciones, para asegurarnos; y si no basta esto, ahí